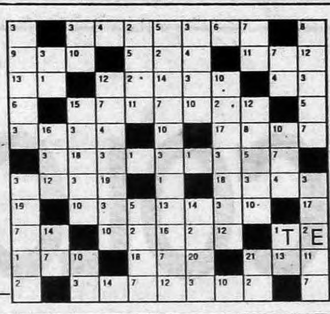
CRUCIGRAMA EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.



SOLUCION JUEVES

P	O	S	A	D	■	S	A	L	I	R
A	■	A	P	E	T	I	T	O	■	E
R	E	C	I	B	I	R	■	C	A	N
A	M	A	L	E	C	■	M	O	J	O
R	U	R	A	L	■	C	A	S	I	■
E	L	■	R	A	T	O	N	■	C	A
■	A	M	A	R	■	P	E	S	E	N
O	B	U	S	■	C	A	J	E	R	A
S	A	L	■	T	A	B	A	C	A	L
A	■	A	D	U	L	A	R	A	■	E
N	A	S	A	L	■	N	E	N	E	S

COLOQUIO ENTRE PERROS

Página/2/3





Verano/12

METAS

(Por Josep-Vicent Marqués) Se trazó una meta desde muy joven: se esforzaría hasta poder ofrecer a una mujer una casa con chimenea, un coche descapotable y un barquito velero. A los 35 años estuvo en disposición de poner las tres cosas a los pies de una hermosa joven llamada Valeria.

—No me disgustas —le contestó—, pero no estoy dispuesta a vivir en una casa con chimenea. A veces sueño que por una chimenea entra un deshollinador y me arranca la uña de un meñique. Supongo que lo de la casa es negociable.

—En absoluto —dijo él, retirándose.

A los 45 años encontró a una hermosa señorita llamada Aurelia y la consideró digna de su oferta.

—No me disgustas —le contestó—, pero odio los descapotables. A un primo mío le cayó dentro un suicida que se había lanzado desde el puente de la autopista.

—¿Lo mató?

—No. Pero se quedó a vivir en su casa y le robó su colección de pipas de espuma. Podemos vender el descapotable, ¿no?

—En absoluto —dijo él, retirándose.

Tardó otros 10 años en encontrar una mujer que mereciese su amor, una hermosa señorita llamada Mesalina.

—No me disgustas —le contestó—. Por cierto, yo también tengo un velero. Podemos cambiar el tuyo por una lancha con motor fuera de borda.

No era lo previsto. Ella debía acceder a la propiedad naval a través suyo.

A los 65 años, la superiora de las Abscisas de Cristo Circunciso le aceptó el donativo de casa, coche y velero con destino a la congregación y le permitió acudir a merendar con ella en el convento una vez a la semana.

COLOQUIO ENTRE PERROS

Por Rafael Alberti

Me telefonean a la madrugada desde una bella ciudad del sur andaluz: "*Seta* mezcla de pastor alemán y loba) acaba de parir 10 perros". Y una segunda telefonada, al poco tiempo: "*Seta* ha parido otro más. Así que ya son 11". Telefonada de cuatro días después: "*Seta* y todos sus perritos están bien. La madre toma tres o cuatro litros diarios de leche".

El primer perro que yo tuve se llamaba *Centella*. Era un perrita negra, moruna, que vivió hasta muy viejecita, ya casi ciega, con nosotros, y la dejamos tirada sobre un escalón, a la puerta de nuestra casa cerrada, ya sin nadie, cuando todos los de la familia, acompañados de nuestro padre, nos trasladamos para siempre a Madrid.

La *Centella* murió allí, a la puerta, fiel, y sin querer probar la comida que algunos misericordiosos vecinos le dejaban.

—Yo no intenté ni mirarla —dice, lejana, la *Centella*— y morí allí mismo, ante aquella puerta, por la que volví a entrar una noche, llovida y revolcada de arena, después de haberme escapado de aquel barco de pesca en el que me metisteis, hartos de mí, para separarme de vosotros.

—En la trama de ese horror yo no participé. ¿Verdad, *Centella*, que en esta madrugada de Madrid, en que vuelves de nuevo, saltando sobre mi cama, nos perdonas, y sobre todo a mí, ahora que ya tengo 85 años y me vienes a ver desde aquellos primeros del siglo?

Luego, apareció *Yemi*, que regalaron a mi hermano Agustín. Ella fue la que me acompañaba a cazar lagartos por los pinares de Valdelagrana, en El Puerto. Entra ahora aquí, *Yemi*, también en mi cuarto, en esta hora del amanecer, *Yemi* blanca y manchada de islas negras, enemiga mortal de aquellos lagartos y lagartijas verdes de aquel profundo coto lleno de aromados lentiscos y pinos parasol.

Cierro ahora los ojos, queridos perros de mi infancia, de cuando yo apendía a leer, iba para pintor, se mataban entre sí las principales naciones europeas, yo escuchaba en Madrid los disparos de ametralladoras reprimiendo una huelga, y el sol de Lenin amanecía sobre las estrellas doradas del Kremlin.

Y ya, hasta que apareció la *Niebla*, no tuve más perros. Todo el mundo sabe que fue Pablo Neruda quien me la regaló, después de haberla encontrado, herida una pata, en una noche neblinosa de Madrid. Perra maravillosa. Hizo toda la guerra conmigo. Pero después que fue evacuada a Levante con mi familia, vivió en una finca campestre de Castellón de la Plana, y cuando tuvo que ser transportada a Valencia, porque peligraba el frente levantino, llegó tarde al coche que había de alejarla de allí, y quedó sola, perdida, en medio de la carretera, sin rumbo, sin saber qué hacer... ¿Qué sucedió contigo, *Niebla*, el perro de mi vida que recuerdo con mayor devoción y cariño?

—Yo quiero decirte que, como García Lorca y tantos miles de otros, fui fusilada. Te pido que recuerdes ahora que fui tu amiga de la fe, del amor, de la confianza y la alegría, que me cantaste con altura y estoy desde entonces en tus poemas de la defensa de Madrid, recordada y repetida por todos.

—No te olvides de mí, antes de partir para el exilio. Me llamé *Trotski*. Quise ser siempre virgen, y aunque intentaste que lo dejara de ser poniéndome delante de maravillosas perras salidas y dispuestas, yo no quise perder mi vigorosa virginidad.

Y ya no tuve más perros hasta que llegué a la República Argentina, al rutilante y anchuroso Río de la Plata.

La primera perra que estuvo algunos años conmigo en Buenos Aires se llamaba *Tusca*, una pequeña escocesa, valiente, vivaz y provocadora.

—Yo te partí un dedo de la mano luchando en la calle con un temible perro alemán que me atacó de pronto, apareciendo súbitamente de un portal. Cuando se fue, tu dedo yacía doblado sobre la palma de tu mano izquierda.

—Es verdad. Hubiese perdido mi carrera si hubiera sido pianista.

—Te *escorchás*. Perdona. Pero te he dejado ese feo recuerdo.

—¡Guau, guau, guau!

—Pero ¿qué haces?

—Estoy ladrando. Me gusta hacerlo cuando estoy preocupado.

La *Muki* era una pequeñísima perra maltesa, visionaria. No era una perra, sino una maraña, un rebujo con dos ojos locos y extraordinarios. Cuando yo me encontraba en las barrancas del Paraná, se pasaba las horas ladrando ante la puerta de la pequeña *quinta* en donde yo vivía. Extraña insistencia. Ella misma me dijo:

—Allí mataron al *Jestejante* de la hija del dueño. Y aunque tú no lo veas, ahí está, tendido en el suelo, atravesado por un cuchillo.

Y ahora yo tengo sentados, también aquí, en mi cama, a estos otros dos perros, en el descenso de esta noche madrileña, una cualquiera de mis 85 años, conversando oscura y cordialmente con ellos.

—Yo soy *don Amarillo*.

—Y yo, *don Alejandro*. Los dos estamos comidos por las pulgas y los mosquitos. Somos dos gauchos irlandeses. Ladramos poco, pero cuando lo hacemos, nuestros aullidos llegan hasta el Paraná, inquietando sus aguas.

—No hagas caso a esos dos. Están locos de soledad, sucios y comidos hasta de piojos. Yo soy *Jazmín*, uruguayo, el alma errante de Punta del Este. Te conocí bañándote en la playa de Cantegril. Nos perdimos un día. Y desde entonces te estoy buscando.

Recordé siempre a *Jazmín* en Italia. Pasó por mí como una ráfaga de cola luminosa, que aún me sigue cegando.

Allá en Buenos Aires, después de 24 años de permanencia, dejé a la *Kety*, inglesa y llena de estilo, y a la demente *Muki*, en manos de una joven poeta que las cuidó y mandaba sus mensajes a Roma, hasta que al fin dejó de hablarme de ellas y de escribirme.

Pero ahora, la *Guagua*, más grande e ino-



COLOQUIO ENTRE PERROS

Colaborador habitual del diario *El País* de Madrid, Rafael Alberti (nacido en Cádiz en 1902) es una de las figuras claves de la poética española durante la guerra civil. Autor de más de treinta libros de poemas, entre otros *Cal y canto, Sobre los ángeles, Entre el clavel y la espada, El poeta en la calle, Romancero de la guerra civil;* también pintor y cronista de costumbres, ha dedicado los últimos años al relato de anécdotas y pequeñas circunstancias de la vida cotidiana.

Por Rafael Alberti

Me telefonean a la madrugada desde una bella ciudad del sur andaluz: "*Seta* mezcla de pastor alemán y loba) acaba de parir 10 perros". Y una segunda telefonada, al poco tiempo: "*Seta* ha parido otro más. Así que ya son 11". Telefonada de cuatro días después: "*Seta* y todos sus perritos están bien. La madre toma tres o cuatro litros diarios de leche".

El primer perro que yo tuve se llamaba *Centella*. Era un perrita negra, moruna, que vivió hasta muy viejecita, ya casi ciega, con nosotros, y la dejamos tirada sobre un escalón, a la puerta de nuestra casa cerrada, ya sin nadie, cuando todos los de la familia, acompañados de nuestro padre, nos trasladamos para siempre a Madrid.

La *Centella* murió allí, a la puerta, fiel, y sin querer probar la comida que algunos misericordiosos vecinos le dejaban.

—Yo no intenté ni mirarla —dice, lejana, la *Centella*— y morí allí mismo, ante aquella puerta, por la que volví a entrar una noche, llovida y revolcada de arena, después de haberme escapado de aquel barco de pesca en el que me metisteis, hartos de mí, para separarme de vosotros.

—En la trama de ese horror yo no participé. ¿Verdad, *Centella*, que en esta madrugada de Madrid, en que vuelves de nuevo, saltando sobre mi cama, nos perdonas, y sobre todo a mí, ahora que ya tengo 85 años y me vienes a ver desde aquellos primeros del siglo?

Luego, apareció *Yemi*, que regalaron a mi hermano Agustín. Ella fue la que me acompañaba a cazar lagartos por los pinares de Valdelagrana, en El Puerto. Entra ahora aquí, *Yemi*, también en mi cuarto, en esta hora del amanecer, *Yemi* blanca y manchada de islas negras, enemiga mortal de aquellos lagartos y lagartijas verdes de aquel profundo coto lleno de aromados lentiscos y pinos parasol.

Cierro ahora los ojos, queridos perros de mi infancia, de cuando yo apendía a leer, iba para pintor, se mataban entre sí las principales naciones europeas, yo escuchaba en Madrid los disparos de ametralladoras reprimiendo una huelga, y el sol de Lenin amanecía sobre las estrellas doradas del Kremlin.

Y ya, hasta que apareció la *Niebla*, no tuve más perros. Todo el mundo sabe que fue Pablo Neruda quien me la regaló, después de haberla encontrado, herida una pata, en una noche neblinosa de Madrid. Perra maravillosa. Hizo toda la guerra conmigo. Pero después que fue evacuada a Levante con mi familia, vivió en una finca campestre de Castellón de la Plana, y cuando tuvo que ser transportada a Valencia, porque peligraba el frente levantino, llegó tarde al coche que había de alejarla de allí, y quedó sola, perdida, en medio de la carretera, sin rumbo, sin saber qué hacer... ¿Qué sucedió contigo, *Niebla*, el perro de mi vida que recuerdo con mayor devoción y cariño?

—Yo quiero decirte que, como García Lorca y tantos miles de otros, fui fusilada. Te pido que recuerdes ahora que fui tu amiga de la fe, del amor, de la confianza y la alegría, que me cantaste con altura y estoy desde entonces en tus poemas de la defensa de Madrid, recordada y repetida por todos.

—No te olvides de mí, antes de partir para el exilio. Me llamé *Trotski*. Quise ser siempre virgen, y aunque intentaste que lo dejara de ser poniéndome delante de maravillosas perras salidas y dispuestas, yo no quise perder mi vigorosa virginidad.

Y ya no tuve más perros hasta que llegué a la República Argentina, al rutilante y anchuroso Río de la Plata.

La primera perra que estuvo algunos años conmigo en Buenos Aires se llamaba *Tusca*, una pequeña escocesa, valiente, vivaz y provocadora.

—Yo te partí un dedo de la mano luchando en la calle con un temible perro alemán que me atacó de pronto, apareciendo súbitamente de un portal. Cuando se fue, tu dedo yacía doblado sobre la palma de tu mano izquierda.

—Es verdad. Hubiese perdido mi carrera si hubiera sido pianista.

—Te *escorchás*. Perdona. Pero te he dejado ese feo recuerdo.

—¡Guau, guau, guau!

—Pero ¿qué haces?

—Estoy ladrando. Me gusta hacerlo cuando estoy preocupado.

La *Muki* era una pequeñísima perra maltesa, visionaria. No era una perra, sino una maraña, un rebujo con dos ojos locos y extraordinarios. Cuando yo me encontraba en las barrancas del Paraná, se pasaba las horas ladrando ante la puerta de la pequeña *quinta* en donde yo vivía. Extraña insistencia. Ella misma me dijo:

—Allí mataron al *festejante* de la hija del dueño. Y aunque tú no lo veas, ahí está, tendido en el suelo, atravesado por un cuchillo.

Y ahora yo tengo sentados, también aquí, en mi cama, a estos otros dos perros, en el descenso de esta noche madrileña, una cualquiera de mis 85 años, conversando oscura y cordialmente con ellos.

—Yo soy *don Amarillo*.

—Y yo, *don Alejandro*. Los dos estamos comidos por las pulgas y los mosquitos. Somos dos gauchos irlandeses. Ladramos poco, pero cuando lo hacemos, nuestros aullidos llegan hasta el Paraná, inquietando sus aguas.

—No hagas caso a esos dos. Están locos de soledad, sucios y comidos hasta de piojos. Yo soy *Jazmín*, uruguayo, el alma errante de Punta del Este. Te conocí bañándote en la playa de Cantegril. Nos perdimos un día. Y desde entonces te estoy buscando.

Recordé siempre a *Jazmín* en Italia. Pasó por mí como una ráfaga de cola luminosa, que aún me sigue cegando.

Allá en Buenos Aires, después de 24 años de permanencia, dejé a la *Kety*, inglesa y llena de estilo, y a la demente *Muki*, en manos de una joven poeta que las cuidó y mandaba sus mensajes a Roma, hasta que al fin dejó de hablarme de ellas y de escribirme.

Pero ahora, la *Guagua*, más grande e inocente, perra hermosa color tabaco, me pide que recuerde que tan sólo sabía llevar entre sus dientes un sobre cerrado, una carta. "La carta, la carta", había que decirle. Y ella, de entre muchos revueltos papelotes que le tirábamos en el suelo, elegía ése, que era siempre un sobre cerrado, y que dejaba a mis pies, mientras le repetíamos: "¡La carta! ¡La carta!" ¡Pobre *Guagua*, que no sabía leer!

—¡*Alano!* ¿En donde estás, *Alano*? Me dicen que estás muerto y enterrado en la cuneta de un camino, lejos de aquí. Salgo a buscarte y te encuentro, tapado con hojas tu ancho cuerpo canela. Apareciste —ya también lo conté en mi *Arboleda*— en mi jardín del bosque de Castelar una noche. Andabas perdido. Me miraste, fijo, y luego te acercaste y casi me lamiste la mano. Te dije: "Quédate". Y entraste a mi casa. Cuando me iba de ella, te quedabas solo, siempre esperándome. ¡*Alano!*, te gritaba, y siempre aparecías de debajo de un árbol. Viviste mucho tiempo, solo y conmigo, hasta que el *quintero* de la casa de enfrente, un cobarde miedoso, te asesinó a tiros.

—¿Te olvidarás de mí sin dedicarme ni una sola línea? Soy *Diana*.

—También asesinada en aquel mismo lugar, a la puerta de mi casa, abandonada en aquel arroyuelo por el que corría el agua de la lluvia. Eras blanca y humilde, como una perra cualquiera, pero buena y maravillosa. Me acompañabas junto con el *Alano*, corriendo tras mi bicicleta. ¡*Diana, Diana*, casi no queda sitio para ti en este cuarto madrileño!

Y ahora, ven tú también, aquí a mi lado, pues quiero preguntarte a ti, la escocesa más sensacional, la reina de mi casa de la calle Garibaldi, *la Babucha*, llamada así porque le tuve que poner un nombre que empezase con B, ya que bajo esta simple condición me fue regalada por Linuccia Saba, la hija del gran poeta triestrino y delgadísima amante de Carlo Levi, buen pintor a la vez que autor del resonante libro *Cristo se detuvo ante Éboli*. Igual que aquel perro, *Trotski*, que tuve en Madrid y se obstinó en permanecer virgen, *la Babucha* no quiso nunca saber de varón, y hasta llegó a rechazar a un hermoso galán, *Buio* —que era su hermano—, un joven príncipe al que atemorizaba mostrándole los dientes, poniéndose a la defensiva como un guerrero en un rincón. *El Buio* lloraba, quejándose, vuelto patas arriba mostrando su erecta *perribilidad*, desbordada de líquidos jazmines. Huida y arrinconada *la Babucha*, había que sacarla del salón, mientras *el Buio* quedaba solo, derrotado arrancándolo el último de allí.

En la decadencia de *la Babucha*, apareció una noche un perro *volpino* —zorrito—, que me suplicaba, sentado, cruzadas en alto las patitas, que lo llevara a mi casa. Era tierno y penoso contemplarlo. ¿Qué hacer? Un camarero del bar de la esquina me dijo: "Déjelo entrar, pues dentro de muy poco pasará el furgón de la perrera y se lo llevará. Y ya sabe usted lo que harán con él a la madrugada".

Lo miré largamente y entonces le dije: "Bueno, sube a casa".

Dando saltos, como agradecido, penetró en el patio. Durmió luego a los pies de mi cama, observándome con un ojo siempre abierto. Cuando al día siguiente comprendió que yo no lo echaba a la calle, se puso a dar saltos, poniéndose de pie a la hora de la comida. Le pusimos de nombre *Chico*. Un muchachillo de la calle, que lo reconoció cuando lo llevaba de paseo, me dijo que era el perro escapado de un circo una noche, quedando vagabundo por el Trastevere. *El Chico*, una agitada maravilla como para escribir el más gracioso y pícaro relato.

Al regresar a España, en abril de 1977, lo traje metido en la panza del avión que nos conducía a Madrid, después de 39 años de exilio. Como en el hotel donde me hospedé no soportaba quedarse solo cuando yo tenía que salir, *el Chico* ladraba y lloraba, con la protesta plena de los inquilinos del hotel. Con el más grande dolor de mi corazón lo tuve que dejar a unos sobrinos míos que tenían un jardín, en donde él se divertía corriendo tras los niños y bañándose en la piscina. Pero tuvieron un día que partir todos para México, y creo que lo dejaron con un veterinario, que me parece vivía en el campo, desapareciendo —o muriendo— aquel precioso, angelical *Chico*, paseante de las calles trasteverinas. Ahora *el Chico* aparece proyectado en la pared de mi cuarto, y poniéndose de pie me da, pero sin amargura, un justísimo corte de manga. Y, sin embargo, *Chico*, siempre pregunto por ti, sin que ninguno sepa decirme dónde estás, dónde terminó tu vida, duendecillo genial y pequeño del Trastevere.

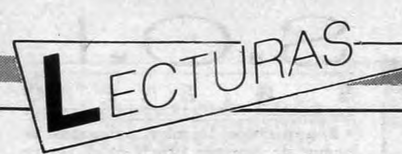
Aquí os he reunido, por primera vez, a todo vosotros, amados perros dispersos de mi vida.

Una nueva llamada telefónica de la bella ciudad del sur andaluz me recuerda, pasados ya unos días: "*Seta* sigue dando de mamar a sus cachorros. Ahora en vez de cuatro se toma cinco litros de leche, medio kilo de arroz entre unos grandes trozos de pollo con zanahorias".

Está bien.







Colaborador habitual del diario *El País* de Madrid, Rafael Alberti (nacido en Cádiz en 1902) es una de las figuras claves de la poética española durante la guerra civil. Autor de más de treinta libros de poemas, entre otros *Cal y canto, Sobre los ángeles, Entre el clavel y la espada, El poeta en la calle, Romancero de la guerra civil;* también pintor y cronista de costumbres, ha dedicado los últimos años al relato de anécdotas y pequeñas circunstancias de la vida cotidiana.

cente, perra hermosa color tabaco, me pide que recuerde que tan sólo sabía llevar entre sus dientes un sobre cerrado, una carta. "La carta, la carta", había que decirle. Y ella, de entre muchos revueltos papelotes que le tirábamos en el suelo, elegía ése, que era siempre un sobre cerrado, y que dejaba a mis pies, mientras le repetíamos: "¡La carta! ¡La carta!" ¡Pobre *Guagua*, que no sabía leer!

—¡*Alano*! ¿En donde estás, *Alano*? Me dicen que estás muerto y enterrado en la cuneta de un camino, lejos de aquí. Salgo a buscarte y te encuentro, tapado con hojas tu ancho cuerpo canela. Apareciste —ya también lo conté en mi *Arboleda*— en mi jardín del bosque de Castelar una noche. Andabas perdido. Me miraste, fijo, y luego te acercaste y casi me lamiste la mano. Te dije: "Quédate". Y entraste a mi casa. Cuando me iba de ella, te quedabas solo, siempre esperándome. ¡*Alano*!, te gritaba, y siempre aparecías de debajo de un árbol. Viviste mucho tiempo, solo y conmigo, hasta que el *quintero* de la casa de enfrente, un cobarde miedoso, te asesinó a tiros.

—¿Te olvidarás de mí sin dedicarme ni una sola línea? Soy *Diana*.

—También asesinada en aquel mismo lugar, a la puerta de mi casa, abandonada en aquel arroyuelo por el que corría el agua de la lluvia. Eras blanca y humilde, como una perra cualquiera, pero buena y maravillosa. Me acompañabas junto con el *Alano*, corriendo tras mi bicicleta. ¡*Diana, Diana*, casi no queda sitio para ti en este cuarto madrileño!

Y ahora, ven tú también, aquí a mi lado, pues quiero preguntarte a ti, la escocesa más sensacional, la reina de mi casa de la calle Garibaldi, *la Babucha*, llamada así porque le tuve que poner un nombre que empezase con B, ya que bajo esta simple condición me fue regalada por Linuccia Saba, la hija del gran poeta triestrino y delgadísima amante de Carlo Levi, buen pintor a la vez que autor del resonante libro *Cristo se detuvo ante Eboli*. Igual que aquel perro, *Trotski*, que tuve en Madrid y se obstinó en permanecer virgen, *la Babucha* no quiso nunca saber de varón, y hasta llegó a rechazar a un hermoso galán, *Buio* —que era su hermano—, un joven príncipe al que atemorizaba mostrándole los dientes, poniéndose a la defensiva como un guerrero en un rincón. *El Buio* lloraba, quejándose, vuelto patas arriba mostrando su erecta *perribilidad*, desbordada de líquidos jazmines. Huida y arrinconada *la Babucha*, había que sacarla del salón, mientras *el Buio* quedaba solo, derrotado arrancándolo el último de allí.

En la decadencia de *la Babucha*, apareció una noche un perro *volpino* —zorrito—, que me suplicaba, sentado, cruzadas en alto las patitas, que lo llevara a mi casa. Era tierno y penoso contemplarlo. ¿Qué hacer? Un camarero del bar de la esquina me dijo: "Déjelo entrar, pues dentro de muy poco pasará el furgón de la perrera y se lo llevará. Y ya sabe usted lo que harán con él a la madrugada".

Lo miré largamente y entonces le dije: "Bueno, sube a casa".

Dando saltos, como agradecido, penetró en el patio. Durmió luego a los pies de mi cama, observándome con un ojo siempre abierto. Cuando al día siguiente comprendió que yo no lo echaba a la calle, se puso a dar saltos, poniéndose de pie a la hora de la comida. Le pusimos de nombre *Chico*. Un muchachillo de la calle, que lo reconoció cuando lo llevaba de paseo, me dijo que era el perro escapado de un circo una noche, quedando vagabundo por el Trastevere. *El Chico*, una agitada maravilla como para escribir el más gracioso y pícaro relato.

Al regresar a España, en abril de 1977, lo traje metido en la panza del avión que nos conducía a Madrid, después de 39 años de exilio. Como en el hotel donde me hospedé no soportaba quedarse solo cuando yo tenía que salir, *el Chico* ladraba y lloraba, con la protesta plena de los inquilinos del hotel. Con el más grande dolor de mi corazón lo tuve que dejar a unos sobrinos míos que tenían un jardín, en donde él se divertía corriendo tras los niños y bañándose en la piscina. Pero tuvieron un día que partir todos para México, y creo que lo dejaron con un veterinario, que me parece vivía en el campo, desapareciendo —o muriendo— aquel precioso, angelical *Chico*, paseante de las calles trasteverinas. Ahora *el Chico* aparece proyectado en la pared de mi cuarto, y poniéndose de pie me da, pero sin amargura, un justísimo corte de manga. Y, sin embargo, *Chico*, siempre pregunto por ti, sin que ninguno sepa decirme dónde estás, dónde terminó tu vida, duendecillo genial y pequeño del Trastevere.

Aquí os he reunido, por primera vez, a todo vosotros, amados perros dispersos de mi vida.

Una nueva llamada telefónica de la bella ciudad del sur andaluz me recuerda, pasados ya unos días: "*Seta* sigue dando de mamar a sus cachorros. Ahora en vez de cuatro se toma cinco litros de leche, medio kilo de arroz entre unos grandes trozos de pollo con zanahorias".

Está bien.

S.O.L

SOSTENIDO

• **Según como se mire,** unipersonal de humor de Norman Erlich en el Teatro Corrientes de Mar del Plata, de jueves a domingo a las 21. Los lunes se ofrecerán funciones en el Teatro Star de Miramar y los miércoles en la Casona del Conde en Villa Gesell.
• **Mensaje; El triciclo; sonsonando; Jovita Díaz** y **Diablomundo**, obras teatrales infantiles en el Teatro Auditorium de Mar del Plata. A las 19.
• **Los Corradini** ofrecen un recital de música instrumental contemporánea, los miércoles en la Asociación Bancaria de Mar del Plata ubicada en San Luis 2069, a las 22.
• **Aquí está el show,** espectáculo dirigido por Hugo Sofovich con la actuación de Dorys del Valle, Emilio Disi y elenco. En el Teatro Hermitage de Mar del Plata, Sarmiento 2165, hoy a las 21.
• El pianista y compositor **Lito Vitale** se presenta en el ciclo musical La Paris Rock, en la Rambla Casino de Mar del Plata, a las 21, el sábado 7. El grupo **Vox Dei** ofrece un recital en el mismo lugar el domingo 8.
• **Yepeto,** obra teatral de Roberto Cossa con la actuación de Ulises Dumont, Darío Grandinetti y Marcela Luppi. En el Teatro Colón, Hipólito Yrigoyen 1665, Mar del Plata. De martes a domingo a las 22, sábados 21.30 y 23.30.
• **Pierrock y los no videntes** se presentan el sábado 7 a la 0.30, en Marinas Café Concert, avenida Bunge 799, Pinamar.
• **Mamá,** de Andrew Bergman con Carlos Calvo, Luisina Brando y elenco, en el Teatro Neptuno, Santa Fe 1751, Mar del Plata. Martes a domingo a las 21.15 y 23.15.
• **Sandra Mihanovich y Celeste Carballo** ofrecen un recital en el Teatro Opera, Independencia 1641, Mar del Plata. El sábado 7 a las 21.
• **Teléfono medido,** obra teatral dirigida por J. Hacker y protagonizada por Carlos Carella y elenco. En el Teatro Refasi 2, Avenida Luro 2332, Mar del Plata, a las 22 y 23.30.
• **Souffle,** obra interpretada por Thelma Biral, Guillermo Bredeston, Nora Cárpena, Claudio García Satur y elenco. En el Teatro Atlas, Avenida Luro y Corrientes, Mar del Plata. De martes a domingos a las 21 y 23.15.

MARIO LEVRERO

LA BANDA DEL CIEMPIES

4. Una mujer misteriosa

Después de transcurridos unos cuantos de esos minutos que parecían eternos, Angus McCoy, ayudante de Carmody Trailler, quedó por fin solo con una mujer antes que él en el uso del teléfono público; era una mujer a quien hubiera sido exagerado catalogar de madura, aunque había algo en su aspecto que hacía pensar en la madurez; no era nada fea ni tenía ese distintivo de vulgaridad que cabía esperar en las mujeres de ese barrio, aunque sí vestía ropas humildes. Angus calculó que podía tener unos treinta años. Su figura era esbelta, y llevaba los carnosos labios cuidadosamente pintados de un color rojo muy vivo, lo mismo que las largas y cuidadas uñas, y el cabello era de un rubio que hacía pensar en una coloración artificial.

Mientras hablaba, la mujer miraba de tanto en tanto al detective, de reojo, pero no había ninguna expresión particular en su mirada. Su conversación se limitaba a monosílabos, y era imposible deducir con quién hablaba ni de qué hablaba. Así pasaron algunos preciosos minutos más, hasta que finalmente la mujer colgó el tubo y se retiró de su lugar junto al teléfono. Angus ocupó ese lugar prestamente y pudo informar a su jefe de la exacta situación de la casa que interesaba; esto fue hecho con las mayores precauciones, pues la mujer que acababa de hablar y que había dejado el intenso aroma de su perfume en el tubo del teléfono seguía cerca de allí, como esperando a utilizarlo nuevamente; Angus pensó que tal vez le hubiera cedido el turno por haber advertido su extrema urgencia; probablemente ella tuviera que hacer otras llamadas, pero de todos modos Angus tuvo el cuidado de hablar con el volumen de voz más bajo posible y evitar cualquier referencia que pudiera delatarlo. Carmody respondió que partía hacia allí de inmediato, y que lo esperara sin iniciar ninguna arriesgada acción por su cuenta.

El remedo de ciempiés que se había formado a pocas cuadras del domicilio del jefe Andrews y luego se había disuelto sin que fuera capturado en esa oportunidad ninguno de sus integrantes, volvió a formarse poco después en la misma calle Central, a unas diez cuadras del lugar anterior, causando destrozos, pánico y heridas en cantidad. Esta vez no se aprovechó una gran concentración de gente, como en el caso de la salida del cinematógrafo, pero la calle era de por sí muy frecuentada y si se quiere el efecto terrorífico fue ahora mayor.

Varios cuerpos de inocentes paseantes quedaron tirados en la calle, algunos heridos, otros muertos, sin que los malhechores hubieran hecho distingo entre hombres, mujeres, niños o ancianos. Muchos vehículos quedaron abollados y con los vidrios rotos, e incluso uno de ellos fue pasto de las llamas. Desde las ventanas de los edificios que bordeaban la calle podía escucharse como un fragor, en el que era imposible distinguir matices y en el que se mezclaban los ruidos de matraca y pandereta con los ruidos de los golpes, los ayes de dolor y los alaridos de pánico. Alguien abrió de par en par la ventana de un primer piso y se asomó para poder apreciar con mayor claridad de qué se trataba esa confusa algarabía que llegaba desde la calle; de inmediato, desde la calle, fueron arrojadas varias granadas de mano al interior de la habitación, y en un instante éstas estallaron despedazando al infortunado ciudadano que se había asomado y destruyendo gran parte del mobiliario y causando gran daño en las paredes, el techo y los muebles.

Mientras tanto, se cumplía con matemática eficacia la redada policial al Barrio Chino y a los lugares que se sabían frecuentados por chinos, tal como fuera ordenado por el jefe Smithe Andrews después de rebotar varias veces en la red metálica que le salvó la vida. En la redada fueron apresados miles de chinos, y entre ellos el embajador de China ante las Naciones Unidas. Esta acción, que pasó desapercibida a ojos de casi todos salvo a los de un testigo esencial, desencadenaría más tarde una secuela de trágicos sucesos que habría de conmover profundamente a la gran nación del Norte.

(Próximo episodio: "Aparece Jonathan Morris".)

JUEGOS

ENIGMA LOGICO

Nobleza obliga

Durante el último mes, un amigo nuestro ha vendido cinco espectaculares cupés, al contado, a cinco nobles caballeros, quienes las obsequiaron en el acto a otras tantas coristas. Deduzca de qué color es la cupé vendida cada día, quién fue el comprador y quién la damita que la recibió.

1. Nina recibió la suya el día 17. El duque pagó la suya unos días antes.
2. La de color negro fue vendida el día 19.
3. Lulú besó al barón cuando éste le entregó su cupé, que no era rosada.
4. El príncipe escogió la de color oro, menos de una semana después de que fuera comprada la de Bijou.
5. Jeanette recibió la de color blanco, cinco días antes de que el marqués efectuase su compra.

(Para resolver el enigma use el diagrama haciendo una marca para los aciertos y otra para las imposibilidades.)

		COLOR					COMPRADOR					CORISTA				
		Blanco	Negro	Oro	Plata	Rosado	Barón	Conde	Duque	Marqués	Príncipe	Bijou	Jeanette	Lulú	Nina	Solange
DIA	5															
	12															
	17															
	19															
	22															
CORISTA	Bijou															
	Jeanette															
	Lulú															
	Nina															
	Solange															
COMPRADOR	Barón															
	Conde															
	Duque															
	Marqués															
	Príncipe															

DIA	COLOR	COMPRADOR	CORISTA

SOPA PRECOLOMBINA

Encontrar las palabras en la sopa, dispuestas horizontal, vertical o diagonalmente, en uno u otro sentido. En este caso busque las siguientes palabras:

ACOLHUA
ARAUCANO
AZTECA
CULHUA
CHACA
CHIAPANECO
CHIBCHA
CHICHIMECA
FUEGINO
INCA
MIXE
MIXTECA
OTOMI
TARASCO
TEPANECA
TLAHUICA
TLAPANECO
TLATEPOTZCA
TOTELCA
TOTONACA

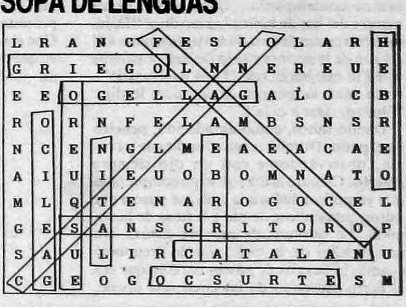
B	A	C	A	N	O	T	O	T	E	U	T	F	A
C	N	I	M	M	O	I	E	I	G	L	O	Z	C
C	A	C	Z	T	O	P	E	T	A	L	T	S	H
O	A	E	O	A	A	M	N	P	A	L	E	C	I
C	C	M	O	N	I	R	A	O	A	T	L	N	C
E	I	N	E	X	X	N	A	H	Z	O	C	O	H
N	I	C	T	Z	E	A	U	S	O	A	A	S	I
A	A	E	T	C	H	I	E	G	C	N	A	C	M
P	C	G	O	C	C	X	U	F	I	O	R	Z	E
A	E	I	B	A	I	H	E	A	U	H	L	U	C
I	F	I	C	M	C	Z	A	A	Z	T	E	C	A
H	H	Y	X	A	T	O	A	C	O	L	H	U	A
C	U	O	N	A	C	U	A	R	A	M	I	N	I
F	E	Z	O	T	O	N	I	G	E	U	F	G	O

SOLUCIONES

ENIGMA LOGICO

Ursula Andress, *Dr. No*, Honey Sue, 1962.
Barbara Bach, *La espía que me amó*, Anya Amasova, 1977.
Honore Blackham, *Dedos de Oro*, Pussy Galore, 1964.
Lotte Lenya, *De Rusia con Amour*, Rose Kleeb, 1963.
Jane Seymour, *Vivir y dejar morir*, Solitaria, 1973.

SOPA DE LENGUAS



L	R	A	N	C	F	E	S	I	O	L	A	R	H
G	R	I	E	G	O	L	N	N	E	R	E	U	E
E	E	O	G	E	L	L	A	G	A	L	O	C	B
R	O	R	N	F	E	L	A	M	B	S	N	S	R
N	C	E	N	G	L	M	E	A	E	A	C	A	E
A	I	U	I	E	U	O	B	O	M	N	A	T	O
M	L	Q	T	E	N	A	R	O	G	O	C	E	L
G	E	S	A	N	S	C	R	I	T	O	R	O	P
S	A	U	L	I	R	C	A	T	A	L	A	N	U
C	G	E	O	G	O	C	S	U	R	T	E	S	M